

Chris Lorenz*

Traducción: César Torres Del Río**

Historiografía comparada: problemas y perspectivas***

Abstract

In this text contributions related are abridged – direct or indirectly - with the historiography of world war two. The comparative historiography is placed as a gender related to a typology that classified historiography theories over an extended sequence from the general and philosophical to the particular and empirical. Besides, it also places the recent debates on the “fragmentation” of the historiography in a comparative perspective. Due that historiography is the history of the written history –and therefore a reconstruction of reconstructions- we find the problem of comparison in historiography twice. The historiographer is not alone confronting with relative comparative judgments of the historic reconstructions themselves but also related to the historiography reconstructions of those historic reconstructions.

Resumen

En este texto se compendian contribuciones relacionadas - directa o indirectamente - con la historiografía de la segunda guerra mundial. Se ubica a la historiografía comparada como un género en relación a una tipología que clasifica teorías de historiografía sobre una secuencia extendida de lo general y filosófico a lo particular y empírico. Además, coloca los recientes debates sobre la “fragmentación” de la historiografía en una perspectiva comparada. Debido a que la historiografía es la historia de la historia escrita - y por lo tanto una reconstrucción de reconstrucciones - encontramos el problema de la comparación en historiografía dos veces. El historiógrafo no sólo está confrontado con los juicios comparados relativos a las reconstrucciones históricas mismas, sino también relativas a las reconstrucciones historiográficas de aquellas reconstrucciones históricas.

Key Words

Epistemology, Comparative historiography, History, National identity, Wars, Multiculturalism

Palabras Clave

Epistemología, historiografía comparada, historia, identidad nacional, guerras, Multiculturalismo

INTRODUCCIÓN

Como en historia, la historiografía usualmente es escrita y analizada dentro de un contexto espacio-temporal, tradicionalmente aquel que corresponde a un particular estado-nación. En consecuencia, la historiografía tiende a ubicar las explicaciones para el desarrollo historiográfico dentro de contextos nacionales y a descuidar las dimensiones internacionales. Mientras sea este el

caso, es imposible determinar los aspectos generales y específicos de los estudios de caso historiográficos. Este foro, por lo tanto, constituye un argumento fundamentado en torno a aproximaciones comparadas de la historiografía.

Primero, como punto de partida, mi introducción toma un reciente estudio en la historiografía canadiense con el fin de ilustrar los problemas de la historiografía no-comparada, dificultades que resaltan fuertes argumentos en favor de las aproximaciones comparadas.

* Chris Lorenz es profesor de la Free University of Amsterdam/University of Leiden

** Doctor en Historia, Universidad de Brasilia. Profesor Asociado del Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

*** Publicado originalmente en inglés en la revista History and Theory, Vol. 38, No. 1 (Feb. 1999). El permiso de publicación fue concedido por el autor. Se hicieron modificaciones de estilo.

Segundo, ubico a la historiografía comparada como un género con relación a una tipología que clasifica teorías de historiografía sobre una secuencia extendida de lo general y filosófico, a lo particular y empírico.

Tercero, sitúo los recientes debates sobre la “fragmentación” de la historiografía en una perspectiva comparada. Las preocupaciones entre los historiadores sobre esta fragmentación - usualmente asociada con la fragmentación de la nación y el advenimiento del multiculturalismo y/o postmodernismo - se legitiman cuando ellas se refieren a los fundamentos epistemológicos de la historia como una disciplina. Tan pronto como la “fragmentación” de la historiografía conduce al - y es legitimada por el - escepticismo epistemológico, un saludable pluralismo ha dado vía a un relativismo malsano. Como la comparación coloca al relativismo en perspectiva al revelar sus fundamentos socio-históricos, al mismo tiempo le crea su antídoto racional.

En cuarto lugar, compendio las contribuciones en este foro, todas relacionadas -directa o indirectamente- con la historiografía de la segunda guerra mundial. El texto de Jürgen Kocka “La comparación histórica asimétrica: el caso de la Sonderweg alemana” examina la tan llamada “vía especial” de la historia de Alemania. El trabajo de Daniel Levy, “El futuro del pasado: Polémicas historiográficas y Memorias Competitivas en Alemania e Israel”, ofrece un análisis comparativo de recientes debates historiográficos en Alemania e Israel. El texto de Sebastian Conrad, “Qué hora es Japón?. Problemas de la Historiografía Comparativa (Intercultural)”, analiza el vínculo conceptual entre la historiografía japonesa y las interpretaciones específicas de la historia europea. El trabajo de Richard Bosworth, “Explicando ‘Auschwitz’ después del fin de la Historia: El caso de Italia”, traza desde una perspectiva comparada los cambios desde 1989 en la historiografía italiana concerniente al fascismo. Los cuatro artículos apoyan la conclusión de que lo que sigue al *método* de la comparación histórica es la *política* de la comparación, que está oculta en la elección de los

parámetros. Los análisis tanto del método como de la política son esenciales para un entendimiento de la historiografía (comparada).

Recientemente, J.L. Granatstein, profesor emérito de York University, en Toronto, Canadá, publicó un pequeño libro. Aunque este hecho en sí mismo no era inusual - él ha publicado 45 libros más o menos - el título y el contenido fueron: “Quien asesinó a la historia canadiense”.¹ Granatstein arguye en este libro que, desde los años sesenta, Canadá se ha estado dirigiendo hacia la desintegración debido a que los canadienses ya no están familiarizados con los hechos básicos de su historia. Los profesores canadienses, los maestros, los teóricos de la educación y los políticos son los culpables, aunque probablemente no en ese orden. Desde que la “manía multicultural” se ha convertido en la nueva religión política e intelectual, al parecer *el* canadiense ha dejado de existir. Canadá se ha despedazado y está fragmentándose en una variedad de regiones, provincias, clases, etnicidades culturales y lingüísticas, e incluso géneros - y los historiadores canadienses son cómplices en estos hechos al disolver la historia nacional en historia regional, historia del género, etcétera. El separatismo de Quebec es sólo el más visible síntoma de la predilección fatal de Canadá por las “identidades limitadas”.² El peligro para la identidad canadiense como nación es grave y un desastre nacional es inminente. “La Historia es memoria, inspiración y comunidad y una nación sin memoria está tan completamente a la deriva como un amnésico vagando por las calles. La Historia importa, y nosotros olvidamos esta verdad con riesgo para nosotros... Si no tenemos pasado, entonces seguramente lo que tiene que seguir es que no tenemos futuro”. “Por razones incomprensibles, no hemos transmitido este conocimiento a nuestros niños y a aquellos quienes recientemente han llegado a Canadá”.³

La situación que enfrentan los canadienses desde que la historia del Canadá ha sido asesinada es aún más lastimosa si se compara con otros países con los que Granatstein esta familiarizado, tales como los Estados Unidos y Holanda. En los Estados

¹ Granatstein, J.L., *Who Killed Canadian History?* Toronto, 1998. El texto de Windschuttle, K., *The Killing of History: How Literary Critics and Social Theorists Are Murdering Our Past*, New York, 1997, cubre todo el mundo occidental.

² Granatstein, “Who Killed”, p. 72: “Las identidades limitadas fueron casi abiertamente antinacionalistas; no era la nación lo que importaba, sino lo más pequeño, las provincias diferenciadas o las sociedades regionales; no los canadienses como un todo, sino los componentes del mosaico étnico; no los canadienses como una sociedad, sino los canadienses en sus clases sociales. Los canadienses formaron una compleja sociedad pluralista, y en esto reside nuestra fortaleza. El resultado de esta perspectiva, como lo señaló Michael Bliss en 1991, fue la ‘división’ de la historia canadiense, una división que refleja la fragmentación de la nación”. Para una más balanceada opinión sobre el reciente estado de la historiografía canadiense, ver Carl Berger, *The Writing of Canadian Historiography: Aspects of English-Canadian Historical Writing since 1900*, Second Edition, Toronto, 1986, especialmente pags. 259-320.

³ Granatstein, “Who Killed”, xviii, 6. Ver 5: “La Historia es importante porque ayuda a los pueblos a conocerse a sí mismos. Les dice quiénes fueron y quiénes son; es la memoria colectiva de la humanidad que los sitúa en su tiempo y lugar; y les suministra a los recién llegados algún entendimiento sobre la sociedad que ellos han elegido para vivir. Por supuesto, la memoria colectiva pasa por una constante revisión, reestructuración y reescritura, pero cualquiera de sus formas revela de nuevo a cada generación un fondo común de conocimiento, tradiciones, valores e ideas que ayudan a explicar nuestra existencia y los errores y logros”.

Unidos - el cual acostumbra a mirarse como una "amalgama" en contraste con el "mosaico" de Canadá - intelectuales destacados como Robert Hughes, Arthur Schlesinger y Richard Rorty han criticado el exceso de multiculturalismo y han abogado por un regreso a una saludable dosis de identificación con la nación⁴. Con respecto a Holanda, Granatstein relata sus experiencias en 1995 cuando él estuvo allí para la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la capitulación alemana. Como nación, los holandeses no han olvidado la historia de sus tiempos de guerra ni al ejército canadiense como su libertador. No hay amnesia colectiva en el caso holandés, hasta donde Granatstein puede afirmar, debido a que "cada casa fue decorada con los colores de la Casa Naranja (la Real Familia Holandesa) y con las banderas canadienses". "Los holandeses recuerdan. En las escuelas enseñan a sus niños acerca de la guerra; enseñan que la libertad lo es todo y que, si no se defiende, se puede perder"⁵. Y todo esto, por supuesto, está en total contraste con los canadienses, quienes han olvidado su "Día D", sus "Campos de Flandes" y sus "Vimy Ridge"⁶, donde - de todos los lugares - "la nación canadiense" nació.⁷

Para los lectores familiarizados con cierta literatura internacional historiográfica publicada desde los años 70 - por ejemplo, sobre Alemania o Estados Unidos - el diagnóstico de Granatstein de la historiografía de Canadá contiene algunos elementos conocidos,

aunque ninguno de sus argumentos está basado en comparaciones empíricas con otros países.⁸ Primero, está el diagnóstico de una crisis del Estado-nación y el vínculo de éste con la conciencia histórica de la identidad nacional. En el mismo sentido la historiografía es identificada como la fortaleza de la conciencia histórica de la nación; por ende, la crisis del Estado-nación es equiparada con la crisis de la historiografía nacional.

Segundo, la explicación de la crisis como un proceso interno de fragmentación, es decir, la desintegración en partes de lo que acostumbraba ser un todo. Este todo - la nación - es conceptualizado como una esencia y no como una "comunidad imaginada". Así, la *definición* de nación está dada por sentado. En el caso de Granatstein, como observamos, la identidad canadiense es esencialmente la identidad anglo-canadiense con la exclusión de la nacionalidad franco-canadiense, la cual no es analizada seriamente en ningún momento. No es extraño entonces que el renombrado internacionalmente *Multiculturalism and the Politics of Recognition* de Charles Taylor ni siquiera lo haga en sus notas de pie de página.⁹

En tercer lugar están los sospechosos usuales del asesinato de la nación unitaria: Los bien conocidos "campeones de la diferencia y la alteridad" tales como los historiadores de lo social, de lo étnico y del género.

⁴ Granatstein, "Who Killed", pags. 89-92.

⁵ Granatstein, "Who Killed", p. 114. Las observaciones de éste autor sobre Holanda en 1995 son notables, para decir lo menos. La mayoría de los historiadores holandeses sostienen un punto de vista completamente diferente sobre la conciencia histórica holandesa antes, durante y después de 1995; véase el informe *Youth and History in the Netherlands*, Amsterdam, 1997.

⁶ El autor se refiere a la batalla de Vimy Ridge, en abril de 1917, donde el ejército canadiense, junto con las fuerzas aliadas, derrotó a las fuerzas alemanas. Nota del traductor.

⁷ Granatstein, p. 132. "Los inmigrantes coloniales se encontraron ellos mismos transformados en canadienses. Muchos veteranos rememoraron el ataque a Vimy Ridge en abril de 1917 como soldados del Imperio, pero despertando el día de su gran victoria como canadienses, henchidos de orgullo por sus condecoraciones de hoja de arce. La guerra les importó a los canadienses, y les dio un sentido de nación que ha ayudado a definir a este país desde entonces". Sin embargo, en la página 88 Granatstein ha planteado que "habría sido más correcto decir que el nacionalismo anglo-canadiense nació en Vimy Ridge" seguido por la sucinta observación: "La simple, si lamentable, verdad fue que los franceses y los anglo-parlantes canadienses tenían diferentes interpretaciones del pasado, el presente y el futuro del país". El tiempo pasado obviamente es desplazado. Para recientes perspectivas franco-canadienses (Quebec) sobre la historia canadiense ver: J.-P. Bernard, "L'historiographie canadienne récente (1964-1994) et l'histoire des peuples du Canada", *Canadian Historical Review* 76 (1995), 320-353, and G. Bouchard, *Populations neuves, cultures fondatrices et conscience nationale en Amérique latine et au Québec* (Chicoutoumi, 1996).

La consistencia, evidentemente, no es la más notable característica de Granatstein en este libro, porque aparte de su enredo en el tema central - es decir, las diferentes definiciones de la nación canadiense - el certificado de nacimiento en Vimy Ridge excluye a la mitad de su población: las mujeres.

⁸ Para Estados Unidos ver, entre otros, J. Scott, "History in crisis? The other side in History", *American Historical Review* 94 (1989), 680-692; A. Megill, "Fragmentation and the future of historiographie", *American Historical Review* 96 (1991), 693-698; and D. Ross, "Grand narrative in American Historical Writing: from romance to uncertainty", *American Historical Review* 100 (1995), 651-677. Para Alemania, ver M. Geyer and K. Jarausch, "The future of the German past: transatlantic reflections for the 1990s", *Central European History* 22 (1989), 229-259; *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Histoire: eine Diskussion*, Ed. W. Schulze (Göttingen, 1994); and *Kulturgeschichte heute*, Ed. W. Hardtwig and H.-U. Wehler (Göttingen, 1996).

⁹ Para el tratamiento de Granatstein sobre el nacionalismo franco-canadiense ver por ejemplo su esbozo de enseñanza de la historia de Québec en la página 34: "A juzgar por los textos curriculares, la historia canadiense es solamente el telón de fondo extranjero frente al cual ocurren los sucesos en el Québec francófono. Casi ningún intento es hecho para comparar la vida, temas y hechos en Québec con aquellos de otras partes en Canadá. En otras palabras, si esto ocurre en Québec es importante; si no ocurre, no lo es - a menos que los malditos ingleses (les maudits Anglais) humillen a los pobres quebequeses (les pauvres Québécois) aún más". Para Taylor, ver C. Taylor, *Multiculturalism and the Politics of Recognition* (Princeton, 1992). Las características de las discusiones sobre la identidad nacional parecen ser la aparente mala voluntad o la incapacidad de muchos involucrados para mirar la opinión del "otro lado", como legítima y seria. En el debate canadiense, por ejemplo, tanto en los discursos anglo-canadienses como en aquellos franco-canadienses sobre la identidad nacional las premisas de los argumentos a menudo son idénticas a sus conclusiones. Autores tales como Granatstein apenas *definen* la ambición política de los quebequeses como una infracción a la identidad nacional canadiense lo mismo que quebequeses tal como Gérard Bouchard *definen* la misma idea de la identidad nacional canadiense como una quimera. Ver los análisis de Levy del debate entre los criterios sionistas y pos-sionistas sobre la identidad israelita en su texto mencionado.

Ramsay Cook - otro famoso profesor de historia de York - ha desarrollado un argumento mucho mejor que el de Granatstein sobre el problema de la identidad canadiense pero ambos comparten la crucial conjetura de que hay una identidad nacional canadiense y que los quebequeses están causando su fragmentación. Ver su *Canada, Quebec and the uses of nationalism*, (Toronto, 1995), especialmente 85-98, y 237-247.

Como cuarta instancia están las comparaciones - implícitas y explícitas - con tiempos y lugares cuando y donde la "totalidad" de la nación y su historia fueron debidamente respetadas y su fragmentación resistida. Estas situaciones de comparación funcionan como una especie de contraste y como "contra-historia" a la historia presentada; ellas podrían tener una función ejemplar, positiva, o una negativa, crítica. En el análisis sombrío de Granatstein, Canadá, antes de los años sesenta, funcionaba como una positiva "contra-historia", junto con Holanda.

En quinto lugar está el presupuesto de que la historia en sí misma es una fuerza integradora y unificadora más que una que dispersa y divide. Como la heredera de la historia universal, la historia nacional también es conceptualizada como una fuerza benigna o una *Heilsgeschichte*.

He tomado el reciente libro de Granatstein sobre la historiografía de Canadá como un punto de partida para este foro sobre historiografía comparada porque éste ejemplifica muy bien los problemas de la historiografía *no* comparada. Al omitir sistemáticamente el contexto internacional y así dejar aparte, en su caso, el asunto de lo que es particular y general, Granatstein realza los prospectos y promesas, en una forma indirecta, de la historiografía comparada. Debido a que su análisis se adhiere al tejido nacional, crea la inevitable ilusión de que los problemas nacionales - en este caso canadienses - tienen que tener causas nacionales. Si aceptamos la opinión de Marc Bloch de que *toda* historia es historia comparada - implícita o explícita - entonces es fácil ver porqué la historiografía comparada es aún más necesaria que la historia comparada: en la historiografía los historiadores están confrontados con juicios comparados en *dos* niveles en vez de uno, como es el caso en la práctica normal histórica. En ésta última, los historiadores enfrentan juicios comparados en las dimensiones temporales y espaciales, aún cuando ellas no sean reconocidas como tal.

Las caracterizaciones sobre Estados Unidos como "la primera nueva nación", o sobre el Imperio Alemán como "la nación tardía" ("die verspätete Nation") o como "el imperio en el medio" ("das Reich in

der Mitte"), representan casos paradigmáticos bien conocidos. Debido a que la historiografía es la historia de la historia escrita - y por lo tanto una reconstrucción de reconstrucciones - encontramos el problema de la comparación en historiografía *dos veces*. El historiógrafo no sólo está confrontado con los juicios comparados relativos a las reconstrucciones históricas mismas, sino también relativas a las reconstrucciones historiográficas de aquellas reconstrucciones históricas. El peso de los argumentos que han sido aportados previamente en favor de la comparación en historia en general, es doble para la historiografía.

Así las cosas, para los historiógrafos no hay razón para la complacencia. A semejanza de la historia "normal", la historiografía es típicamente analizada de modo predominante dentro del tejido del Estado nacional y no en un tejido comparado más allá de la nación; y como en la historia "normal", los intentos para separar la historiografía de su contexto nacional y relacionar lo nacional con los contextos más allá de la nación son las excepciones a la regla. El simple y lamentable hecho es que la comparación internacional de las tradiciones nacionales historiográficas es todavía bastante rara.

Por supuesto, este estado de cosas es explicable desde un punto de vista histórico e institucional. Los estrechos lazos históricos entre el ascenso del Estado nacional moderno y la historia como una disciplina académica no pueden ser fácilmente examinados. No obstante, desde un punto de vista intelectual, este estado es bastante insatisfactorio debido a que, como otras disciplinas académicas, la historia también es una combinación de ingredientes generales (internacionales) y específicos (nacionales). Desde que la comparación es la única vía para identificar y explicar tanto las diferencias como las similitudes entre las tradiciones nacionales historiográficas, la aproximación comparada es el lógico (aunque arduo) sendero a seguir en la historiografía (ver el texto de Kocka).¹⁰

A la luz de notables similitudes en los desarrollos historiográficos en el mundo occidental de posguerra, la relación entre aspectos nacionales e internacionales está en la agenda investigativa, porque en nuestra

¹⁰ Ver el argumento en mi reseña del libro de Bosworth *Explaining Auschwitz and Hiroshima: History Writing and the second war 1945-1990* en *History and Theory* 35 (1996), 234-252. Para recientes estudios de aproximaciones comparadas en historia ver C. Ragin, *The comparative method: moving beyond qualitative and quantitative strategies* (Berkeley, 1987); N. Christie, "From intellectual to cultural history: the comparative catalyst", en *Intellectual history: New perspectives*, Ed. D.R. Woolf (número temático del *Journal of history and politics*, vol. 6), (Lewiston, N.Y., 1989), 79-100; A. van den Braembussche, "Historical explanation as comparative method: towards a theory of the history of society", en *History and Theory* 28 (1989), 2-24; R. Grew, "On the current state of comparative studies" en *Marc Bloch aujourd'hui: histoire comparée et sciences sociales*, Ed. H. Aitma et. al., (Paris, 1992), 323-334; J. Kocka, "Comparative historical research: german examples", en *International Review of Social History* 38 (1993), 369-379; G.M. Frederickson, "From exceptionalism to variability: recent developments in cross-national comparative history", en *Journal of American History* 82 (1995), 339-367; *Geschichte und Vergleich: Ansätze und Ergebnisse internationaler vergleichender Geschichtsschreibung*, Ed. H.-G. Haupt and J. Kocka (Frankfurt am Main, 1996); H. Jansen, "Voorwerpen van vergelijking: Op zoek naar een nieuwe vergelijkingstypologie", *Tijdschrift voor Geschiedenis* 110 (1997): 329-357; G. Frederikson, *The comparative imagination: On the history of racism, nationalism and social movements* (Berkeley, 1997); H. Kaelble, *Der historische Vergleich: Eine Einführung zum 19. und 20. Jahrhundert* (Frankfurt am Main, 1998).

“era global” las similitudes en “campos intelectuales” usualmente son el producto de *transferencias* intelectuales. Como las principales corrientes intelectuales e ideológicas han adquirido uso “global” corriente, sus variantes nacionales tienen tanto aspectos endógenos específicos como interculturales. A menudo ellas representan ideas de uso corriente internacional adaptadas para ajustarse a circunstancias locales culturales y estructurales, como George Frederikson recientemente enfatizó.¹¹

Debido a que la comparación es el único procedimiento para desenredar lo general de lo específico en cada contexto nacional particular, la historiografía de transferencia y comparada son necesariamente complementarias y por lo tanto constituyen uno y el mismo proyecto. Antes de trabajar sobre ello, quiero primero focalizar este proyecto en el mapa de recientes teorías de la historiografía.

I. TIPOS DE TEORÍA HISTORIOGRÁFICA

Debido a que el pensamiento historiográfico adopta tantas formas, puede ser provechoso mapearlas sobre una secuencia de lo particular y concreto a lo general y abstracto y, clasificarlas en algunos tipos. De esta forma podemos desarrollar una rudimentaria tipología con el objeto de ubicar la historiografía comparada con la ayuda de coordinadas más familiares.¹²

En el polo abstracto de esta secuencia están las más o menos filosofías puras de la historiografía, tales como las de Hayden White y Frank Ankersmit. Asumo que ellas no necesitan ser reseñadas aquí.¹³ Estas filosofías son una explicación conceptual de lo que esencialmente es la historiografía, cuáles formas pueden ser asumidas y cómo evolucionan en el tiempo. El argumento filosófico usualmente está basado en otras disciplinas - en el caso de White en la teoría literaria, y en el de Ankersmit en la estética - y es ilustrado y respaldado con *ejemplos* historiográficos. La característica de este tipo de filosofía de la historiografía es que las consideraciones espacio-temporales usualmente juegan un papel menor.

La aproximación de Raymond Martin a la filosofía de la historia representa la variante más empírica de este tipo.¹⁴ En contraste con los otros representantes de la filosofía de la historiografía, él consistentemente toma las actuales - empíricas - controversias historiográficas como punto de partida. Por lo tanto, se coloca tan cerca a la práctica histórica como es posible sin dejar de ser un filósofo (después de todo, su interés es filosófico y no historiográfico). Martin está interesado en la *lógica* y no en la *historia* de la historiografía: él indaga sobre el criterio epistemológico implícito utilizado por los historiadores cuando ellos juzgan interpretaciones enfrentadas.

De acuerdo con Martin, estos criterios - tales como precisión, comprensión y justificación empírica - explican las razones por las cuales las mejores interpretaciones ganan en el largo plazo y porqué, en consecuencia, la historiografía avanza.¹⁵

En el polo concreto de la secuencia se sitúa lo tradicional, los criterios empíricos de la historiografía, los cuales, usualmente, tratan con partes espacio-temporales específicas y con determinadas sub-disciplinas de la historiografía o con las tradiciones, tales como los historiadores de la Ilustración en el siglo XVIII alemán, o la historia de la escuela de los Annales en el siglo XX francés¹⁶. Alguna clase de periodización o cronología es frecuentemente el principio organizacional de la historiografía empírica, la cual es más parecida a la historia tradicional “normal”. De la misma forma, habitualmente, poca o ninguna reflexión teórica está contenida en ella.

Entre los dos polos de la secuencia y los correspondientes tipos “puros” están los diversos *híbridos* de la filosofía y la historiografía. Cerca del polo filosófico podría ser ubicada la bien conocida teoría de las matrices disciplinarias de Jörn Rüsen, debido a que su aparato conceptual básico se deriva de la filosofía de la ciencia, es decir, del paradigma teórico de Thomas Kuhn.¹⁷ Una posición similar puede atribuírsele a la reciente teoría de Rüsen sobre

¹¹ Frederikson, “From exceptionalism to variability”, p. 600.

¹² Debido a que otras tipologías de historiografía han sido desarrolladas para diferentes propósitos, ellas no son útiles en este contexto. Para otros estudios ver: Schulin, E., “Synthesen der Historiographieggeschichte”, en *Geschichtswissenschaft vor 2000: Fest schrift fuer Georg G. Iggers, zum 65. Geburtstag*, Ed. Jarausch, K. et. al. (Hagen, 1991), and Blanke, H.-W., “Typen und Funktionen der Historiographieggeschichte: Eine Bilanz und ein Forschungsprogramm”, en *Geschichtsdiskurs. Band 1: Methoden der Historiographieggeschichte*, Ed. Küttler, W. et. al. (Frankfurt am Main, 1993), 191-212.

¹³ White, H., *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore, 1973); Ankersmit, F.R., “The reality effect in the writing of history: the dynamics of historical topology”, en *History and topology: the rise and fall of metaphor* (Berkeley, 1994), 125-162.

¹⁴ Martin, R., *The past within Us: An empirical approach to philosophie of history* (Princeton, 1989); Martin, R., “Progress in historical studies”, *History and Theory* 37 (1998), 14-40.

¹⁵ Martin, “The past within Us”, 14-15: “La aproximación empírica no aleja la tensión entre las aproximaciones científicas y humanísticas. Más bien expresa ésta tensión dentro del tejido de un nuevo grupo de categorías y un nuevo programa de investigación, los cuales parten de un examen de la estructura evidencial de la actual interpretación histórica”.

¹⁶ Ver, por ejemplo, Reill, P.H., *The German Enlightenment and the Rise of Historicism* (Berkeley, 1975), y Burke, P., *The French Historical Revolution: The Annales School 1929-1989* (Cambridge, England, 1990).

¹⁷ Ver especialmente Rüsen, J., *Historische Vernunft: Grundzüge einer Historik*, 3 vols. (Göttingen, 1983-1989), y Rüsen, J., *Essays in Metahistory* (Providence, 1997). Para un punto de vista diferente sobre Rüsen ver Megill, A., “Jörn Rüsen’s Theory of Historiography between Modernism and Rhetoric of Inquiry”, *History and Theory* 33 (1994), 39-61.

la comparación historiográfica intercultural debido a que ella implícitamente hace paralelos historiográficos con la ciencia al presuponer la existencia de una dinámica universal, cognitiva y “progresiva” junto con una dinámica práctica en la dirección de valores universales¹⁸ (comparar la contribución de Conrad a este foro “What time is Japan?”, en la cual él explícitamente previene contra el presupuesto de una dinámica universal o lógica).

A cierta distancia de Rüsen -más distante de la secuencia y más en la dirección del polo empírico- están los voluminosos escritos historiográficos de Horst-Walter Blanke en los cuales ha intentado implementar la teoría de Rüsen en la historiografía alemana desde la Ilustración hasta el presente.¹⁹

En algún lugar de la misma zona de la secuencia, está la teoría sociológica de la historiografía de Immler Veit-Brause.²⁰ En varios artículos ella ha analizado recientes conceptualizaciones de la historia de la historiografía y ha propuesto una teoría que le debe mucho tanto a la sociología de la ciencia - tal como la de Pierre Bourdieu - como a la filosofía de la ciencia. Ella explícitamente rechaza el uso del paradigma teórico de Thomas Kuhn para propósitos historiográficos, debido - entre otras cosas - a su sugerencia de que las dinámicas de la historiografía tienen un motor interno más que uno externo. Según sus argumentos, la transferencia no es adecuadamente considerada en el tejido de Kuhn. Al estar más preocupada por las condiciones sociales e institucionales de lo “disciplinante” de la historia, descuida el uso de los argumentos historiográficos comparados. Como con Rüsen, en la teoría de Veit-Brause las coordenadas espacio-temporales no juegan un papel signifiante; y como Rüsen lo hace, ella subraya el doble carácter del conocimiento histórico: como Ciencia (*Wissenschaft*) y como posibilidad de su adaptación práctica (*Orientierungswissen*) (bautizados como el modelo de la identidad disciplinaria y como el modelo memorístico de la historia).²¹

Una trayectoria similar entre historiografía, sociología de la ciencia y filosofía de la ciencia, es manejada por Lutz Raphael en Alemania, quien - en contraste con Veit-Brause - aplicó sus nociones teóricas al principal caso de estudio historiográfico, es decir, a la escuela de los Annales.²² Significativamente, sin embargo, el libro de Raphael, también se mantiene dentro de los parámetros de “una aproximación nacional” (Francia en su caso), aunque él ha deducido conclusiones generales de la recepción internacional de la escuela de los Annales. Una de ellas se suma también a una crítica del paradigma teórico de Kuhn para propósitos historiográficos: De acuerdo con Raphael, desconoce continuidades esenciales en las tradiciones historiográficas a través del tiempo. Es también relevante, también en nuestro contexto, la conclusión de Raphael de que aunque los historiadores de los Annales ruidosamente propendían sobre la trascendencia del Estado-nación en la historia escrita, en un nivel subterráneo su propio programa de historia “estructural” permanecía firmemente atado a la problemática histórica de Francia. La interesante oposición de una historia “profunda”, “estructural” a una historia política “superficial” y *acontecimental*, para mencionar el más notable ejemplo, es sólo explicable dentro del contexto intelectual francés de los años 40 y 50.

Observaciones similares han sido hechas recientemente con respecto a las huellas de la historia “estructural” de la posguerra alemana, la *Strukturgeschichte* y la *Historische Sozialwissenschaft*. Mientras representan tendencias internacionales en la historiografía, estos programas al mismo tiempo están interrelacionados subterráneamente con específicos contextos nacionales intelectuales, tal como el debate sobre la *Sonderweg* en el caso alemán.²³

A mitad del camino por la secuencia están libros como *Telling the truth about history*, de Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, o el de Peter Novick *That Noble Dream*.²⁴ Este tipo de aproximaciones

¹⁸ Rüsen, J., “Some theoretical approaches to intercultural comparative historiography”, en *History and Theory* 35 (1996), 5-23, especialmente p. 21: “La modernización es, por supuesto, una de las más importantes perspectivas de la comparación diacrónica. Debería ser concretada como un proceso interno de racionalización que se ocupa del pasado”. Como la esclarecedora teoría de la historia (*Aufklärungs*) de Rüsen es al mismo tiempo una teoría de la racionalización cognitiva y normativa, este rasgo no sorprende.

¹⁹ Blanke, H.-W., *Historiographieggeschichte als Historik* (Stuttgart-Bad Cannstatt, 1991).

²⁰ Veit-Brause, I., “Paradigms, Schools, Traditions: Conceptualizing Shifts and Changes in the History of Historiography”, en *Storia della Storiografia/Geschichte der Geschichtsschreibung* 11 (1990), 50-65; Veit-Brause, I., “Historiographical Progress: Its Theory and Practice. Introductory Note”, en *Storia della Storiografia/Geschichte der Geschichtsschreibung* 22 (1992), 79-84; Veit-Brause, I., “The Disciplining of History: Perspectives on a Configurational Analysis of its Disciplinary History”, en *History-Making: The intellectual and Social Formation of a Discipline*, Ed. R. Torstendahl y I. Veit-Brause (Stockholm, 1996), 7-31.

²¹ Veit-Brause, “The disciplining of History”.

²² Raphael, L., *Die Erben von Bloch und Febvre: Annales-Geschichtsschreibung und nouvelle histoire in Frankreich 1945-1980* (Stuttgart, 1994).

²³ Raphael, L., *Die Erben von Bloch und Febvre*, pags. 467-502. Para Alemania, ver T. Welskopp, “Die Sozialgeschichte der Väter: Grenzen und Perspektiven der Historischen Sozialwissenschaft”, en *Geschichte und Gesellschaft* 24 (1998), 173-198.

²⁴ Appleby, J. et. al., *Telling the Truth about the History* (New York and London, 1994); Novick, P., *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession* (Cambridge, England, 1988). Ver también el foro sobre Telling the Truth, en *History and Theory* 34 (1995); y Haskell, T., “Objectivity is Not Neutrality: Rhetoric Vs. Practice in Peter Novick’s That Noble Dream”, en *History and Theory* 29 (1990), 129-156.

combinan la historiografía empírica tradicional de una nación - historiografía norteamericana en ambos casos - con la apropiada filosofía de la historia. Por lo tanto, este género híbrido obviamente difiere de la escueta historiografía empírica debido a que la representación de una particular pieza de historiografía básicamente funciona como vehículo para un argumento filosófico. El criterio historiográfico, consecuentemente, es al mismo tiempo una defensa de, y un ataque a, una particular postura filosófica.

En el caso de Novick el ataque es dirigido contra el realismo mientras que el relativismo es defendido: el florecimiento del pluralismo en la historiografía desde los años 60 es interpretado como un argumento en favor del relativismo. En los casos de Appleby, Hunt y Jacob sucede lo contrario: el reciente pluralismo es interpretado como un argumento en favor del (práctico) realismo y el relativismo es rechazado como inconsistente con dos presupuestos básicos de la historia como disciplina: El "canon de lo real" basado en la facticidad del pasado, y la "norma de la verdad" sustentada en la propia noción de la investigación empírica.²⁵ A lo largo del trayecto, tanto Novick como Appleby, Hunt y Jacob también distinguen entre historia como ciencia (*Wissenschaft*) e historia como (*Orientierungswissen*).

Un tipo historiográfico más cercano a la historiografía comparada es el representado por la historiografía comparada de Fritz Ringer sobre las culturas académicas de Francia y Alemania alrededor del cambio del último siglo. Aunque el libro de Ringer, *Fields of Knowledge: French Academic Culture in Comparative Perspective*, se parece a lo que Jürgen Kocka llama "comparación asimétrica" - debido a que en este libro la "situación de comparación" de Alemania no lo es tanto como en su anterior obra sobre los mandarines alemanes - es enteramente comparativo en la estructura de sus argumentos. Al mismo tiempo está explícitamente propuesto como un ejemplo de historiografía comparada basada en la sociología de la ciencia, es decir, en la teoría de los "campos académicos" de Bourdieu.

Otra reciente postura en el campo de la teoría historiográfica relevante para la historiografía comparada es la teoría comunicativa de la historiografía de Ann Rigney, basada en su análisis comparado de la historiografía romántica francesa.²⁶ Su punto de partida es una muy básica observación: "Cuando los

historiadores como otros mortales usan el lenguaje, se comprometen con una actividad comunicativa, i.e., una actividad diseñada para transmitir información coherente sobre el mundo a alguien más. La historia se escribe para ser leída"²⁷ y, por lo tanto, en el nivel de la teoría historiográfica necesita ser analizada como una forma de comunicación.

Esto implica que en la historia, vista como una actividad comunicativa, la información factual sólo interesa en la medida en que es relevante para un tópico bajo consideración y en la medida en que ese tópico es relevante para nuestras preocupaciones del presente, es decir, un "sistema de relevancia" presente.²⁸ Como siempre hay *múltiples* versiones de cualquier tópico y *múltiples* "sistemas de relevancia" -no hay Historia, sólo historias- la información factual solo puede ser juzgada en relación con *múltiples* textos y con la diferencia que establece en este contexto de *múltiples* textos. En este sentido, la historiografía siempre es intertextual y al mismo tiempo referida a las "expectativas e intereses de aquellos que la leen". Por lo tanto, los desarrollos historiográficos tienen que ser analizados en relación con el "horizonte de expectativas" del público a quien se dirige.²⁹

Debido a que "el punto de partida (de la historiografía) no es el silencio (por ahora irrecuperable) sino lo que ya ha sido dicho", "los trabajos revisionistas están intertextualmente vinculados a las alternativas estimadas que ellos buscan desplazar". Como consecuencia de este manejo crítico detrás de la historiografía, variando de la distancia crítica al antagonismo categórico, la representación historiográfica posee una "dimensión agonística" de acuerdo a Rigney: "Los historiadores, al contrario de lo que mucha reflexión teórica podría hacernos creer, regularmente escriben en el *modo negativo*, la afirmación de lo que pasó marcha inseparable con la negación de lo que no pasó, lo que ciertamente no fue el caso o lo fue sólo de modo parcial."³⁰

Exactamente por esta razón, Louis Althusser acostumbraba denominar a *todas* las ciencias humanas como ciencias "críticas". Es esta "dimensión agonística" la que podría clarificar el hecho de que las historias "normales" podrían contener implícitas *historias "subtextos"* que funcionan como historia contraste para la historia presentada (como es el caso de la historia holandesa en la historia de Granatstein

²⁵ Ver también mi artículo "Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for International Realism", en *History and Theory* 33 (1994), 310.

²⁶ Rigney, A., "Time for Visions and Revisions: Interpretative Conflict from a Communicative Perspective", *Storia della Storiografia* 22 (1992), 85-92; Rigney, A., *The Rhetoric of Historical Representation: Three Narrative Histories of the French Revolution* (Cambridge, England, 1990).

²⁷ Rigney, A., "Time for Visions", p. 85.

²⁸ Rigney, A., "Time for Visions", p. 86. El concepto es de Veit-Brause.

²⁹ Rigney, A., "Time for Visions", p. 86.

³⁰ Rigney, A., "Time for Visions", p. 86-91.

de la historiografía de Canadá). En el debate sobre la “vía especial” de la historia alemana - su alegada *Sonderweg* - esta dimensión fue explicitada cuando David Blackbourn y Geoff Eley puntualizaron que la “peculiaridad” de la historia alemana dependía de la “normalidad” implícita de la historia europea. Observaciones similares se han hecho en torno al alegado *excepcionalismo* de la historia de Estados Unidos, en el que la historia francesa en su apreciación Tocquevilliana funcionaba como el modelo de la historia “normal” europea de la cual la historia americana se habría “desviado”.³¹

Aún más abajo de la secuencia, en el polo empírico se sitúa el proyecto historiográfico de larga duración de Georg Iggers, el cual nos acerca estrechamente a la historiografía comparada más que todas las otras posiciones revisadas hasta ahora. Aquí, - iniciando con su *New Directions in European Historiography* (1975), continuando con su edición revisada (1984) y terminando con su *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge* (1997) - realmente se trata de una historiografía que va más allá de lo nacional. A este tipo de proyecto podríamos colocarle la etiqueta de una historiografía que va más allá de lo nacional debido a que básicamente consiste en un análisis paralelo de historiografías nacionales.³² Centrados en Alemania, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, los estudios historiográficos de Iggers comprenden un panorama internacional de erudición complementado con un poco de la filosofía Kuhniana de la ciencia.

Sin embargo, el papel de Kuhn ha sido disminuido gradualmente al punto de desaparecer entre 1975 y 1997. En el libro de 1975 de Iggers, el concepto de paradigma fue el principal principio organizador puesto que él distingue un *Annales* francés, un posthistoricismo alemán y un paradigma marxista anglosajón en la moderna historiografía europea. Sin embargo, en su edición revisada de 1984, manifiesta dudas acerca de esta idea organizadora. Ahora él enfatiza más en la influencia de la ideología sobre los desarrollos y cambios en perspectivas historiográficas y explícitamente niega que esto pudiera ser “sólo entendido en términos del desarrollo interno de la disciplina de la historia” porque ello también refleja

“el impacto de la experiencia colectiva del siglo XX”. Y en 1997 su conclusión es que “todo esto apunta no a un nuevo paradigma sino a un pluralismo expandido”. Sin embargo, Iggers no interpreta este pluralismo extendido como un “cualquier cosa va” al pluralismo - como algunos posmodernos lo harían - sino como un pluralismo que permanece dentro de los parámetros de la racionalidad historiográfica.³³ Así, como en el caso de Rüsen, Martin, y Appleby, Hunt y Jacob, el estilo de Igger en la historiografía comparada combina una defensa de realismo, racionalidad y fe en el progreso historiográfico. El realismo, por lo visto, parece ofrecer la más efectiva defensa contra el tipo de escepticismo de Granatstein con respecto al reciente estado del pluralismo historiográfico.

Una similar posición sobre la secuencia es manejada por Richard Bosworth con su historiografía paralela que va más allá de lo nacional sobre la segunda guerra mundial. Su *Explaining Auschwitz and Hiroshima: History Writing and the Second World War 1945-1990* esboza los desarrollos historiográficos relativos a la segunda guerra mundial en Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, la Unión Soviética y Japón.³⁴ Bosworth también ha intentado estructurar desarrollos historiográficos con la ayuda del paradigma teórico de Kuhn. También en su caso, la comparación realmente no es construida dentro del diseño de investigación debido a que las historiografías nacionales son analizadas predominantemente dentro de contextos nacionales. Siendo así, por lo visto, aún en la historiografía que va más allá de lo nacional el contexto nacional es tratado como más importante que el internacional.

II. LA FRAGMENTACIÓN DE LA NACIÓN Y LA HISTORIOGRAFÍA COMPARADA

En el nivel más general, la comparación es el único antídoto efectivo para el “complejo de soledad” que aún es excesivo en la historiografía. Básicamente es el único procedimiento metodológico para prevenir atribuciones *empíricamente injustificadas* de características y problemas de historiografía particulares (locales o nacionales) a causas particulares (locales o nacionales). Los diseños comparativos

³¹ Ver Frederickson, “From Exceptionalism to Variability”, p. 592.

³² Iggers, G., *New Directions in European Historiography* [1975], (London, 1984); Iggers, G., *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge* (Hanover, N.H., and London, 1997).

³³ Ver especialmente Iggers, G., “Rationality and History”, en *Developments in Modern Historiography*, Ed. Hozicki, H., (London, 1993), 19-40, y especialmente p. 28: “De un modo fundamental, el problema de la historia no es diferente de aquel de la ciencia, incluso de la ciencia natural. Como ha sostenido Thomas Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, un elemento cultural e histórico también ingresa al trabajo científico”, y en la página 36: “(Pero) la historia, como cualquier disciplina intelectual, es un proceso progresivo guiado por algunos criterios de lo que constituye una comunicación razonable”. Ver mi artículo “Can Histories Be True? Narrativism, Positivism and the ‘Metaphorical Turn’”, *History and Theory* 37 (1998), 324-329.

³⁴ Bosworth, “Explaining Auschwitz”. Ver mi reseña de Bosworth en *History and Theory* 35 (1996), 234-252.

lo hacen de esta forma al separar lo particular de las características generales relacionadas con la(s) pregunta(s) planteada(s).³⁵ De modo que, para regresar a nuestro caso canadiense, una consulta historiográfica a través de las fronteras canadienses le habría enseñado a Granatstein que el relativamente desintegrado estado de la historiografía desde los años 60 de ningún modo es específica del Canadá, sino un rasgo del mundo occidental como un todo.³⁶

Aunque, por supuesto, hay importantes diferencias nacionales para ser mencionadas - por ejemplo entre estados federales y unitarios, y entre sistemas políticos relativamente estables e inestables - uno de los rasgos más notorios de la historiografía occidental desde los años 60 es la común desaparición del Estado-nación como foco central y, de modo simultáneo, el común ascenso de lo social, lo étnico, el género, lo regional y las identidades locales. Este cambio del foco historiográfico refleja una modificación en los modos dominantes de auto-representación individual y colectiva en el mundo occidental - y no sólo en Canadá. La fragmentación de la identidad nacional en un número de identidades sub- y supra-nacionales seguramente ha sido la tendencia dominante durante las últimas cuatro décadas, aunque las contracorrientes no pueden ser descuidadas - como es el caso de Alemania después de la reunificación.³⁷

Granatstein de ningún modo es el único historiador en el mundo occidental que se siente intranquilo con el estado fragmentado de la moderna historiografía. Viene al caso la reciente fundación en los Estados Unidos de la Sociedad Histórica, pero cuando insistimos en el ejemplo canadiense, J. Careless es la celebridad para mostrar. Personalmente él había abogado por el concepto de "identidades limitadas" y por el de pluralismo historiográfico en los años 60, y habló por muchos cuando escribió en 1980 que en el intervalo él se había sentido como un granjero en medio de la inundación cuando declaró: "Señor, sé que he rogado por lluvia, pero esto es ridículo".³⁸

El cambio de interés de los problemas de la historia "científica", "objetiva", a los temas de la "memoria colectiva" - conectado a específicos *ambientes de memorias* y siendo así particular y subjetivo por *definición* - puede plausible y simplemente ser interpretado como una consecuencia (¡y portador !) de este desarrollo hacia la fragmentación de la historia y de la conciencia histórica.

Ahora bien, este temor a la fragmentación no es sólo un problema de la psicología de los historiadores individuales, sino también un asunto de la epistemología de la historia como tal. En juego está el temor de que no hay una real línea fronteriza entre el pluralismo, de un lado, y el relativismo ("no hay rey en Israel") y el escepticismo ("nada va"), del otro. Este problema epistemológico fácilmente adquiere una dimensión existencial para historiadores profesionales que comprenden que el relativismo y el escepticismo constituyen amenazas fundamentales a los cimientos de los asuntos históricos como tales, es decir, la idea de la historia profesional, científica. Probablemente esta es una de las principales razones por la que la discusión acerca de la "fragmentación de identidades" en las ciencias humanas no es conducida *sotto voce* sino, frecuentemente, por medio de insinuaciones históricas y recalentadas.

Aunque la comparación puede tener muchos méritos, definitivamente no es la panacea para la *angustia* existencial ni para la histeria causada por el temor de la fragmentación de la nación. Quienquiera que sea susceptible por aquellos temores es mejor aconsejarle que busque ayuda en otra parte. Tampoco la comparación es garantía contra falsos juicios empíricos, debido a que como los políticos, los historiadores pueden intentar probar cualquier cosa mediante la comparación. Ernest Nolte, en la *Historikersstreit* y Daniel Goldhagen en *Hitler's Willing Executioners*, entre otros, testifican este penoso hecho.³⁹

³⁵ Para los aspectos metodológicos de la comparación ver especialmente Ragin, *The Comparative Method*, y la "Introducción" de Haupt y Kocka a *Geschichte und Vergleich*.

³⁶ En el caso de Granatstein, la miopía historiográfica no está exenta de peligros, debido a que él registra a todos los villanos que él juzga responsables por el "asesinato" de la historia canadiense - entre ellos "los profesores universitarios" - y sugiere todo tipo de medidas policiales, tal como suspender los subsidios para las publicaciones académicas. Ver Granatstein, "Who Killed Canadian History?", pags. 139-149.

³⁷ Para la relación de la historia y la identidad en general ver mi libro *Konstruktion der Vergangenheit* (Colonia, Weimar y Viena, 1997), pags 400-437. Para el caso alemán ver Berger, S., "Historians and Nation-Building in Germany after Reunification", en *Past and Present* 18 (1995), pags. 187-222; y Jarausch, K., "Normalisierung oder Re-Nationalisierung? Zur Umdeutung der deutschen Vergangenheit", en *Geschichte und Gesellschaft* 21, (1995), pags. 459-478.

³⁸ Citado en Kealy, G., "The Writing of Social History in English Canada 1970-1984", *Social History* 10 (1985), p. 349. La Sociedad Histórica fue fundada en 1997 con el propósito de rescatar el saber histórico norteamericano de la excesiva fragmentación de tendencias de la Asociación Histórica Americana.

³⁹ Para un más serio reciente debate sobre los méritos y peligros de la comparación histórica aplicada a la historia del movimiento obrero ver Eisenberg, C., "Die Arbeiterbewegungen der Welt im Vergleich. Methodenkritische Bemerkungen zu einem Projekt des Internationalen Instituts für Sozialgeschichte im Amsterdam", *Archiv für Sozialgeschichte* 34 (1994), pags. 397-410; Van der Linden, M., and Rojahn, J., "Methodologische Probleme vergleichender Sozialgeschichte: Eine Erwiderung auf Christiane Eisenberg's 'Methodenkritischen Bemerkungen' zu einem IISG-Projekt", *Archiv für Sozialgeschichte* 35 (1995), pags. 369-377; Welskopp, T., "Stolpersteine auf dem Königsweg: Methodenkritischen Anmerkungen zum internationalen Vergleich in der Gesellschaftsgeschichte", *Archiv für Sozialgeschichte* 35 (1995), pags. 339-367. Los alegatos comparativos de Nolte son más explícitos que los de Goldhagen, mientras que los de este último están recubiertos con llamados generales a la "metodología de la ciencia social".

Sin embargo, cuando la comparación es adecuadamente trabajada, se obtiene algo muy importante: corta las preocupaciones y los problemas a lo *justificado*, dimensiona al tamaño correcto por medios empíricos y racionales. Lo hace a través de su ubicación en una perspectiva general y por medio del establecimiento “relativo” de sus terrenos factuales. Así, la comparación coloca al relativismo en un contexto y con ello provee una perspectiva crítica y reflexiva. Al revelar los fundamentos sociohistóricos del escepticismo, al mismo tiempo crea su antídoto.

III. SOBRE ESTE FORO

Aunque este foro tiene que ver con cuatro artículos sobre diferentes casos historiográficos, ellos tienen un marco común de referencia tanto por su temática - los caminos historiográficos de tratamiento de la segunda guerra mundial - como por su foco de comparación.

El artículo de Jürgen Kocka, “Comparación Histórica Asimétrica: El caso de la vía especial (*Sonderweg*) de Alemania” analiza el famoso debate sobre la presumible “vía especial” de la historia de Alemania que ha obsesionado a los historiadores que han estudiado Alemania por varias décadas. Analiza los diversos estadios que el debate ha ido atravesando y muestra qué partes de la tesis de la *Sonderweg*, en su opinión, han sobrevivido a las críticas empíricas y metodológicas de recientes años. Él explora el contexto histórico del cual surgió la tesis, y analiza los presupuestos involucrados, especialmente la sutil problemática de una “historia europea-norteamericana normal”, lo que enfatiza el debate. Kocka, además, utiliza el caso de la *Sonderweg* alemana para discutir las características y dificultades, los riesgos y las oportunidades de la comparación asimétrica. Utilizando el caso alemán como punto de partida él explora la lógica de una variante de la comparación histórica también frecuente en otras áreas de la investigación histórica.

El ensayo de Daniel Levy, “The Future of the Past: Historiographical Disputes and Competing Memories in Germany and Israel”, está directamente conectado al texto de Kocka porque ofrece un completo análisis comparado de los recientes debates historiográficos en Alemania e Israel así como sus (inter)relaciones con las definiciones de la identidad nacional. El artículo de Levy muestra que el recurso metodológico mismo de la comparación está íntimamente vinculado a los “horizontes de esperanza” y está implicado en temas político-culturales amplios. Levy revela cómo las definiciones étnica y civil de la identidad nacional alemana e israelita están referidas a agendas políticas diferentes.

El trabajo de Sebastian Conrad, “What Time Is Japan? Problems of Comparative (Intercultural) Historiography”, también aborda la construcción de la identidad nacional - en este caso japonesa - mediante la historiografía. En un detallado análisis de la historiografía japonesa de posguerra, Conrad arguye que existe un vínculo conceptual entre la historiografía japonesa y la europea - interpretada como una periodización de la historia mundial - y muestra que la europea ha estado funcionando como un modelo para la japonesa; y, así mismo plantea que la historiografía japonesa de posguerra esencialmente se mantiene como un “discurso derivado”. Siguiendo al de Kocka, el artículo de Conrad es otra nítida ilustración de la “dimensión agonística” en historiografía (Rigney), y un convincente análisis de las vías en las que las herramientas conceptuales de una particular tradición historiográfica - o de un “discurso historiográfico” para colocarlo en la más actualizada terminología de Conrad - están vinculadas a otro “discurso historiográfico” que funciona como su contraparte. El fenómeno de la intertextualidad en historiografía es así ilustrado de un modo concreto.

El texto de Richard Bosworth, “Explaining ‘Auschwitz’ after the End of history: The Case of Italy”, es una continuación de su proyecto previo en historiografía comparada. Aunque este texto aborda únicamente Italia - es por lo tanto un ejemplo de “comparación asimétrica” - la historiografía italiana es regularmente comparada con la de Alemania y Francia. Bosworth conecta los “cambios de paradigma” en la historiografía italiana a los cambios en las políticas de identidad - de la Izquierda y la Derecha italiana, y de lo que es izquierda o Izquierda y Derecha desde 1989. Tal como lo hace Levy, él enfatiza en la relevancia política de lo que permanece no-dicho en el discurso historiográfico - sus “silencios sintomáticos”. Al comparar los silencios en la historiografía italiana y alemana Bosworth llega a la conclusión de que frente a sus contrapartes italianas, los historiadores alemanes han mostrado, de lejos, la mayor buena voluntad para enfrentar los lados oscuros de su legado “fascista”. Por esta vía la historiografía comparada puede ayudar a remediar falsas impresiones y prejuicios; lo más probable es que las conclusiones de Bosworth también sean válidas para la historiografía alemana, comparada con la historiografía francesa u holandesa sobre la segunda guerra mundial.

Los cuatro artículos apoyan la conclusión de que lo que sigue al, o está detrás del, método de la comparación histórica es una *política* de la comparación histórica, la que está oculta en la elección de los parámetros. Estos parámetros de comparación constituyen los llamados *rangos de contraste* o *situación de comparación*,

y todos ofrecen delicadas observaciones de cómo estas situaciones de comparación determinan los resultados de la comparación.⁴⁰ Esta circunstancia podría explicar porqué la comparación *sin* rangos explícitos de contraste (y por tanto asuntos bien definidos) frecuentemente conduce a lo inconcluso o incluso a engañosos resultados. Para traducir a nuestro contexto el principio político de Lenin: “La asociación es buena, pero el control es mucho mejor”, “La asociación en la comparación es buena, pero el control sobre la situación de comparación es mucho mejor”.

En las historias nacionales las situaciones de comparación usualmente tienen que ver con las historias de *otras* naciones - idealizadas o no, como lo ilustra Granatstein - conduciendo a interpretaciones diferentes de la historia nacional de acuerdo con diferentes situaciones de comparación. El debate sobre la *Sonderweg* como es analizado por Kocka, y la historiografía japonesa como es analizada por

Conrad, ofrecen claras ilustraciones de esta conexión directa entre historias y sus implícitas comparaciones. O las situaciones de comparación podrían tener que ver con *otras interpretaciones de lo que tiene que ser la nación* bajo estudio.

El texto de Bosworth subraya este problema en la medida en que traza las representaciones del cambio del “pueblo italiano” bajo el fascismo de un colectivo de víctimas y de resistentes a una variedad de perpetradores, simpatizantes y víctimas. Y el artículo de Levy se dirige a las diferentes interpretaciones de lo que significa ser israelita en la historiografía sionista y pos-sionista y lo que significa ser alemán en la historiografía nacionalista y pos-nacionalista. Al deconstruir las nociones esenciales de la nación, la historiografía comparada podría contribuir a la aceptación de la diferencia y a la promoción de la tolerancia. Hay cosas peores que los historiadores pueden hacer.

⁴⁰ Para la crucial función de los rangos de contraste en la comparación ver mi *Konstruktion der Vergangenheit* 86, pags. 193-194, 217-219.